

El genio de Rubén Darío

Evaristo Ribera Chevremont

¡Rubén Darío!... ¿No tienen estas palabras un soplo mágico y raro perfume, el poder de una varita virtud, un hechicero resplandor como el que lanzan los hombros de los príncipes en las leyendas indias? ¡Rubén Darío!... Tal parece que este nombre es el pórtico de su arte, un arte fastuoso, grave, fantástico, insinuante, extraordinario; un arte de ritos extraños, de impenetrables claves, de iniciaciones secretas en los templos herméticos y fabulosos del Oriente?

¿Qué es lo primero que hace este mago cuando aparece en los bosques espesos y bravíos del Nuevo Mundo? Poner la Poesía castellana “anquilosada en el quietismo de una retórica fósil” en el camino de Francia. ¿Qué fin lleva el Poeta con esta noble y magnífica acción? Elegantizar la poesía; despojarla del tosco sayal de aldeana con que la cubrieron los durísimos, imperfectos e insustanciales poetas del terco clasicismo en España, y llevarla a vestir las maravillosas formas, plenas de las sutiles esencias del verso en Francia. El Poeta sabía que el Arte debe estar poseído de una delicadeza suprema y tener en su fondo una insinuación vaga, una imprecisa sugerencia de las cosas que ha de expresar, plasmando, así, en excelsas imágenes, el espíritu desinteresado de la vida bella y fina.

¿Podremos decir por esto que Rubén fue un intérprete de la literatura francesa? Sí, afirmamos nosotros. Ser intérprete de una cosa tan alta y tan única como la literatura francesa es ser la sustancia misma de esta literatura; es ser un artista francés, que es la gloria más encendida del Mundo... Pero Rubén Darío no es un espíritu absolutamente francés, no; Rubén Darío es múltiple en su obra poética; en el “Responso a Verlaine” observamos la línea majestuosa y grave de las cosas de Grecia; en “Era un aire suave”, la frivolidad y la

gracia del París oloroso a champaña y a delicados polvos de rosa de las damas sabiamente pecadoras; en el “Elogio de la Seguidilla” la otra gracia fuerte y ardorosa del mantón de manila, de la pandereta, de los trajes de colores, del requiebro atrevido que abraza como la pimienta, de la pícara sal, del zapateo diminuto que dice el triunfo de la hembra sobre la sangre valiente del macho en las soberbias tradiciones de la España roja y alegre como un pimiento morrón y como la boca gruesa y húmeda de las vendedoras de frutas; en el canto “A Roosevelt” el impulso áspero, audaz y lírico de nuestra América, el grito sonoro, altivo y provocador del gaucho, o la fúlgida arrogancia del andícola. En “Los Cisnes” el grito del alma de la raza ante la sombra voraz de una conquista sin belleza ni gloria; en el “Coloquio de los Centauros” la filosofía del siglo moderno y la norma y la estética del arte eterno...; en el soneto “A Francia” la fuerza y la inteligencia de las razas del Norte y en el cual se advierte una profecía que más tarde ha de ser realidad dolorosa, un hecho sorprendente...; en “Canción de Otoño en Primavera” la Poesía de la vida toda, la poesía del santo amor, del profundo color, del alto ensueño, de la alucinante gloria...

Darío es hondo y metafísico como Goethe; es lírico y arrebatado como Byron; es delicado y musical como Keats; es recio y sonoro como Verhaeren; es raro y complejo como Maeterlinck; es suntuoso y apasionado como D’Annunzio; es potente y adusto como Marquina; es subyugador e inaprehensible como Hauptmann; es humano y divino como todos los grandes poetas de la Humanidad.

España y América, aunque una está allá unida a Europa, y la otra está acá, unida a la República del Norte, son una misma. El espíritu de allá domina acá; es una sola alma, un solo pensamiento. El idioma es como la sangre, tiene atracciones irresistibles. Una vez asentado esto, diremos que lo que tenía estancado el movimiento político, literario y social de Hispanoamérica era la intolerancia y el milenarismo espíritu de la raza. Darío, el divino y supremo Rubén Darío, vio con su genio ese muro añoso, obstáculo fatal, y derribó para siempre el monte que nos privaba de la visión suprema de otras razas; de la profunda línea del Oriente, de la griega y del suavísimo, galante y frágil encanto del arte francés.

Rubén aparece con una lírica suave. Su verso es oro universal, la universalización del espíritu humano expresándose en un idioma único, la flor más pura de la nueva orientación de las ideas. Su verso se ajusta a todo lo que canta... Es más, da un color ultra-violeta al arte poético; un color que no había tenido nunca y que es nuevo, lo mismo aquí, en América, que allende los mares. Rubén no es un gárrulo. Escoge, con un refinamiento de artífice supremo, la esencia misma de las cosas y va marcando rumbos desconocidos, senderos extraños con notas de armonía, de color, de luz, de sueño, y sobre todo, con matices hasta entonces desconocidos en el Arte. Esto es: se descubrió el movimiento interior de todo lo que canta, la gracia milagrosa que está escondida en lo más recóndito del ser, como si fuera la íntima voluntad que no se revela, sino por medio de los torturantes esfuerzos... Desde la línea severa, honda y filosófica del dolor hasta el embriagador misterio de la más dorada existencia, todo vibra en su verso con los perfectos y divinos procedimientos de un arte excelso.

Todo admira en Rubén Darío. Su vida fue como un arte. Jamás abdicó de su credo artístico. Jamás se salió de su carácter de Poeta. A pesar de la vida agria y sangrienta que llevó por las calumnias rastroseras, las roñas de la raza, las mordeduras ratoniles de los cobardes envidiosos sofocados por la impotencia, su espíritu se irguió, egregio y fabuloso, como el espíritu de un emperador, por encima de todas las repugnantes bajezas y todas las viles pasioncillas de los enemigos naturales de las purísimas personalidades artísticas.¹

¹ Evaristo Ribera Chevremont, "El genio de Rubén Darío", *Puerto Rico Ilustrado*, año IX, número 415, 9 de febrero de 1918; p. 26.